

## Cándida

Cándida el ave que a la altura sube  
y en la tranquila inmensidad destella;  
cándido el rayo de la dulce estrella  
que anuncia el alba, y cándida la nube.

Cándida el ala del gentil querube  
que frente al solio del Señor descuella,  
y el alma de la cándida doncella  
de quien un tiempo enamorado estuve.



¡Peregrino portento de Natura!  
a tus plantas el alma, extasiada,  
te contempla y palpita de ventura;

que a la espléndida luz de tu mirada  
ve que eres, oh cándida hermosura,  
ave, nube, fulgor, ángel y amada!

## En un cementerio

Arde el volcán y en púrpura descuella  
mientras al reino de Plutón se lanza  
sangriento el Sol, y surge, en lontananza,  
lirio de luz la vespertina estrella.

Envuelta en sombras, dulcemente bella,  
muda la noche sobre el campo avanza;  
y, sonriendo en plácida bonanza,  
boga la luna y en lo azul destella.



Doblan su cáliz las silvestres flores  
sobre la tumba esbelta y blanquecina,  
que esplende con los últimos fulgores.

Mustio el saúz su cabellera inclina;  
y un ruiseñor, que llora sus amores,  
tiende su vuelo hacia la cruz y trina.

## Auras y frondas

¡Despierta, alondra! el venidero día  
anuncia el alba con su luz primera;  
viene, moviendo la enramada umbría,  
un hálito de suave primavera!

¡Despierta y canta! De la niebla fría  
tu ala el velo sutil rasgue ligera,  
y ahuyente tu selvática alegría  
el cándido sopor de la pradera!



—¡Auras, callad! que de su pecho herido  
ya nunca, nunca el límpido gorgéo  
difundiréis por el jardín florido!

Ya nunca más, al esplendor febeo,  
ha de lanzarse del caliente nido. . . .  
¡Vedla flotando en el glacial Leteo!

## Luz y sombra

Era el momento en que el rubor divino  
de la triunfante aurora al cielo baña,  
plañe la alondra, tímida y huraña,  
y se oye alegre del clarín el trino.

El sendero seguí, crucé el camino  
y, al transponer la húmeda montaña,  
descubrí en el bosqueje una cabaña  
asida al tronco de robusto encino.



Llegué al umbral; en la penumbra incierta  
de la cabaña, hacia el rincón, yacía  
miserable mujer, lívida y yerta.

Junto su seno a un niño sostenía  
yerto también... Entrecerré la puerta.  
¡Oh, cuánta sombra ante la luz del día!

## En el bosque

En el landó soberbio, reclinada  
con indolente, lánguida altiveza,  
envuelta en blondas de imperial riqueza,  
hoy la he visto en el bosque. — ¡Cuán turbada

pasó, volviendo a mí su azul mirada,  
e inclinó levemente la cabeza! . . . .  
En sus ojos, tan bellos, la Tristeza  
ha fijado su mórbida morada.



No es ya la blanca virgen ruborosa  
por quien causó el Amor eternos daños,  
en la edad fugitiva de la rosa . . . .

Han pasado por ella luengos años,  
y sucumbe, infeliz víctima hermosa,  
en el seno de horribles desengaños.

## Octubre

El purpurino atardecer de un día  
nos halló solos en la estancia aquella,  
donde a mi lado, blandamente bella,  
Gloria incendió en amor el alma mía.

Sufríamos los dos; Gloria fingía  
no abrir su corazón a mi querella,  
cuando, de pronto, fulguró una estrella  
en lo infinito, donde el sol moría.



Gloria los ojos levantó; resabios  
aún quedaban del desdén; mas, preso  
mirándome en sus ojos, sin agravios

inclinándolos fué, y al dulce peso  
de su busto gentil, puse en sus labios  
el alma . . . el alma convertida en beso!

## A Díaz Mirón

Poeta: bien realzas tu decoro,  
a la helénica musa consagrado:  
es tu libro de rimas un tesoro  
en bello cofre orfébrico guardado.

Tu numen a intelecto cultivado  
fluye abundante, límpido y sonoro,  
como raudal de perlas desgranado  
sobre bruñidas láminas de oro.



Artista de la Forma y de la Idea,  
logras fundir, en milagroso instante,  
Idea y Forma, y que la Forma sea

ánfora de cristal, donde triunfante  
tu pensamiento altísimo se vea,  
como rayo de luz preso en diamante!

## IV



## A don Quijote

Solos quedaron don Quijote y Sancho, y apenas se hubo apartado Sansón, cuando comenzó a relinchar Rocinante y a sospirar el rucio, que de entrambos, caballero y escudero, fué tenido a buena señal y por felicísimo agüero; aunque, si se ha de contar la verdad, más fueron los sospiros y rebuznos del rucio, que los relinchos del rocín, de donde coligió Sancho que su ventura había de sobrepujar y ponerse encima de la de su señor.

CERVANTES.

DON QUIJOTE, *Capítulo VIII de la Segunda Parte.*

Si en los heroicos tiempos, cuando solía  
por la Gloria exaltarse la Fantasía  
y mover la Belleza los corazones,  
nacido hubieras,  
del cielo de la andante caballería,  
espléndida de lauros y de blasones,  
tú el astro fueras!



Ninguno, entre los nobles aventureros,  
los de ardidos corceles y almos aceros,  
mantenedor más digno de aplauso y fama.

Mayor presea  
no hubiera la bravura de los primeros;  
ni nombre más ilustre de excelsa dama  
que Dulcinea!

Tu espíritu siguieran los bien nacidos,  
que en sus cuarteles guardan, enmohecidos,  
inútiles arneses y áureos clarines  
de extinta gloria;  
y el mundo no tuviera de forajidos,  
felones, embusteros y malandrines,  
ni la memoria.

No a la puerta del prócer, trémulo anciano  
con miserable acento gimiera en vano;  
ni al huérfano dejara la Indiferencia  
sin pan ni abrigo  
por las calles y plazas tender la mano;  
ni en pos del sordo carro de la Opulencia  
fuera el mendigo.

Del placer al mercado mujer ninguna  
se viera conducida, de humilde cuna  
o de real palacio, hija o esposa,  
ya mancillada;  
ni burlador, valido de la Fortuna,  
presa hiciera de gente menesterosa  
y abandonada.

De la Justicia el fallo justicia fuera;  
y la Razón fiada no lo estuviera  
a inicuos defensores prevaricantes,  
tan sin decoro;  
ni asaltara las cumbres la vocinglera  
turba de embaucadores y traficantes,  
ávidos de oro.

De la robusta Fuerza bajo el imperio,  
no sufriría el débil de vituperio,  
ni a sucumbir por débil lo condenara  
la acción del fuerte.  
No irían galeotes a cautiverio,  
ni pícaro a la horca: nadie matara,  
sino la muerte!



¡Otros los tiempos fueran!... Pero surgiste  
del cerebro del Genio, que ya no existe;  
y, sobre el amplio mundo, tú, el caballero,  
desventurado  
velas sin tregua... espectro grandioso y triste  
del Ideal perdido!... y él, tu escudero,  
triunfa!... ¡ha triunfado!

Sancho... ¡no lo conoces!... ¡Él quien dirige  
los destinos humanos, él es quien rige  
desde su trono, al borde del precipicio!  
¡Sancho, que infama,  
roba, escarnece, humilla, mata y aflige,  
y ¡horror! en la corrupta mansión del vicio  
hunde a tu dama!...

Y tú, flor de la insigne caballería,  
escudo, luz y espejo de la hidalguía;  
tú, el vengador de entuertos y sinrazones,  
¿como tormenta,  
no das sobre la estulta canalla impía?...  
El genial *Caballero de los Leones*  
sufre la afrenta?....

¡Que el luminoso arranque de la locura  
que fascinó tu mente con la lectura  
de arrobadores cantos e invictos hechos  
de remembranza,  
lance a todas las frentes la mancha impura,  
vigorice los brazos, ponga en los pechos  
ira y venganza!....

.... Sordo, profundo, intenso rumor lejano;  
tempestad que del monte se arroja al llano;  
turbamulta brillante de aventureros;  
nube fulgente  
que deslumbra, que ciega; fragor cercano,  
confusión de clarines, choque de aceros,  
gritos de gente! ...

¡Ah, loco! loco!... loco que sin conciencia,  
en el corcel sin freno de la Demencia,  
de lo alto al abismo te precipitas  
con tus legiones!  
¡cuando des en el fondo, no habrá clemencia!  
¡Tiembla, insensato, y teme!... la furia irritas  
de los leones!....



—¡Eso no! que al peligro nunca he temblado!  
 ¡Ni el poder del infierno miedo me ha dado!  
 Yo soy el invencible, bravo manchego  
     de limpia historia,  
 que, por todos los siglos desencantado,  
 sobre el corcel de Orlando, con propio fuego,  
     brillo en la gloria!

No soy el vano espectro de un dios vencido;  
 el Ideal existe como ha existido:  
 sol que del pensamiento prende en la esfera  
     su eterna lumbre,  
 como ese sol, que oculto, mas no perdido,  
 de su paso el destello que reverbera  
     deja en la cumbre!

Si de Sancho el instinto bellaco y bruto,  
 que a su naturaleza rinde tributo,  
 se alza, deprime, humilla . . . no se envilece  
     ni al mundo infama,  
 porque el fruto del cieno, del cieno es fruto;  
 y ni triunfa, ni reina, ni se engrandece,  
     ni ésa es mi dama!

¡Calle el profano acento que así la nombra!  
 ¡Calle! . . . La que con Sancho se hunde es su sombra,  
 es la hembra de Sancho, su aliento inmundo  
     que le rodea . . .

Y el esplendor que alumbra, la flor que alfombra  
 el sendero del alma sobre este mundo,  
     es Dulcinea!